

## LA ORIGINALIDAD EDUCATIVA LASALIANA EN LOS SIGLOS XVII Y XVIII

*Hno. Ángel Ramón Poveda Martínez  
Colegio La Salle - N<sup>a</sup> Señora de las Maravillas*

San Juan Bautista de La Salle es un santo de hoy, porque en el ayer en el que vivió, intuyó el hoy. Nadie que no haya vivido con intensidad encarnada en su medio, siendo sensible a su entorno, puede proyectarse hacia el futuro y, menos, proponerse como “santo”.

*“La figura y la personalidad de San Juan Bautista de la Salle ha suscitado siempre el respeto y la admiración de los historiadores de todas las tendencias, y ninguno, hoy, se atreve a poner en duda los méritos excepcionales de su obra, tanto en el plano histórico como en el social y civil” (Juan Pablo II, 1980).*

Hoy La Salle vive en su obra y por sus escritos. Lo primero es evidente, no tanto lo segundo. A partir del Concilio Vaticano II, que pide a las congregaciones religiosas una vuelta a las fuentes, los fundadores han ido recobrando progresivamente su lugar en la historia contemporánea. Muchos de ellos han sido, y siguen siendo hoy, verdaderos maestros de vida espiritual. Bajo el influjo de sus escritos y de su espiritualidad, muchas personas se encaminan hacia la perfección evangélica.

Con La Salle ocurre exactamente lo mismo. El redescubrimiento de su obra es una oferta de santidad para la Iglesia y el mundo, especialmente en el ámbito educativo.

*“De la Salle fue el verdadero fundador de la escuela popular moderna, ya se tratase de la escuela elemental, ya de una institución para la formación de los maestros, como también de la enseñanza secundaria, profesional, de las clases de noche y de las escuelas dominicales para obreros y aprendices, o de internados para los condenados por los tribunales” (Juan Pablo II, 1980).*

El acervo bibliográfico que ofrece Juan Bautista de La Salle es altamente llamativo. Los estudios actuales de “las fuentes” y la aparición progresiva de ediciones críticas –indispensables– nos sitúan ante una espiritualidad capaz de colocar en el camino de la santidad al Hermano de las Escuelas Cristianas y también al compañero y compañera seculares, que comparten con él su jornada.

*“Pero en el origen de estas ingeniosas creaciones de carácter psicológico y pedagógico había en este Santo una visión “cristiana” que dotaba de un sentido pleno y global a los conceptos de “cultura” y “educación” (Juan Pablo II, 1980).*

*“Para que su escuela pudiese alcanzar este noble objetivo, el Santo intuyó la necesidad de religiosos laicos, de “maestros” debidamente formados y preparados, que llamó “Hermanos de las Escuelas Cristianas” (Juan Pablo II, 1980).*

Sin embargo, al contemplar la “figura” de Juan Bautista de la Salle (su persona, sus escritos, su obra) podemos quedarnos en una visión estática y dedicarnos a hacer arqueología; con un recuerdo nostálgico o incluso triunfalista: “¡Hay que ver lo que ha sido La Salle!”. Pero eso no conduce a nada que merezca la pena. En cambio, una visión dinámica y estimulante –siguiendo “el

dinamismo de su vocación” – nos llevará siempre a lo esencial del cristianismo, que es adonde apunta La Salle.

*“Para él la escuela no podía ser solamente un lugar en el que fuera posible transmitir o imponer ideas, por muy útiles e interesantes que fuesen, sino que debía ser una verdadera comunidad de amor, en la cual el alumno debe ser considerado no como “un recipiente que hay que llenar, sino como un alma que se debe formar”. (Juan Pablo II, 1980).*

La Salle nos enseña a interpretar la realidad desde el lugar privilegiado donde Dios nos ha situado; nos ayuda a descubrirla como “historia de salvación”, en la que nosotros somos protagonistas.

*“La Salle supo enraizar su vida en la oración y en la fe. Dios fue para él su “roca” y “escudo” (Cardenal Ángel Suquía).*

Cada uno de los que integramos las comunidades educativas lasalianas hemos podido incorporarnos a la tarea de la educación cristiana de forma más o menos inconsciente: muchos, quizá, por motivos meramente laborales; otros, por las ganas de hacer “una buena obra”; posiblemente para algunos era una forma de ocupar el tiempo ayudando a los demás...

Al mirar a La Salle para aprender de él, hemos de tener en cuenta algunas precisiones en el campo educativo:

- No caigamos en el “arcaísmo”: después de tres siglos, la enseñanza y la pedagogía han evolucionado de tal forma, que sería ridículo querer volver atrás y copiar lo que La Salle estableció para los jóvenes de su tiempo.
- No nos preguntemos, pues, “¿Qué haría él si volviera?” Es un tipo de pregunta que suele quedar siempre sin una respuesta seria y fiable.
- En cambio, conociendo lo que La Salle hizo, y comulgando con su espíritu, hemos de preguntarnos: “¿Qué podemos y debemos hacer hoy los que estamos implicados en la educación?”.

En las últimas décadas, y partiendo de estudios serios y profundos que se han llevado a cabo sobre su vida y obra, los Hermanos estamos redescubriendo a nuestro Fundador. Caemos en la cuenta de su riqueza humana (su ternura, su sentido práctico,...), la calidad y profundidad de su vida evangélica, el valor universal de su espiritualidad. Estamos sorprendidos de lo que teníamos “en casa”, a nuestro alcance, sin apenas conocerlo. Ahora que lo valoramos más, nos sentimos impulsados a compartirlo, en la seguridad de que otros pueden beneficiarse de esta riqueza. Y los más agradecidos han de ser los que comparten nuestra misma misión.

Lo que podemos conocer de La Salle, sin duda, se encuentra en la confluencia de tres aspectos. Y para tener acceso al tesoro que La Salle representa para nosotros, necesitamos conocer tres claves, en las que están “codificados” sus escritos y su obra en general: cultura, experiencia y carisma. Sin estos tres elementos, no será fácil descubrir el contenido de ese tesoro.

Juan Bautista de la Salle fue un hombre que supo encarnarse y dar respuesta a los retos culturales de su tiempo. Esta es la primera lección de La Salle a todos y cada uno de los que formamos las comunidades educativas lasalianas, y, por tanto, nos interpela acerca de nuestra inculturación en el siglo XXI (Cap. I).

*“La Salle se mezcló con el barro de los caminos. Porque tuvo corazón de pobre pudo escribir a sus hijos aquella recomendación: **“Tened a los pobres tanto aprecio y educadlos con tanto esmero como si fueran hijos de príncipes”** (Cardenal Ángel Suquía).*

A veces se ha presentado a La Salle fuera de todo contexto histórico, como si fuera un creador a partir de la nada. La creatividad de La Salle es de otro tipo: es un hombre crítico, de ojos abiertos a la realidad de su tiempo, a las necesidades que percibe. Para responder y ser fiel a sus inspiraciones, adapta, transforma e inventa lo que considera necesario (Cap. I).

La Salle se incorpora a la corriente de interés por la escuela que en esos momentos sopla fuerte en Francia, a través de hombres como Pedro Fourier, Nicolás Roland, Carlos Démia, el P. Barré, y representada también en los escritos de Vives, Comenius, y L'Ecole Paroissiale” (Cap. II).

La Guía de las Escuelas Cristianas refleja, en parte, las adquisiciones de los anteriormente citados, pero rompe moldes al plantear una transformación a fondo de la escuela, sin miedo a cambiar lo que haga falta en provecho del niño.

La escuela cristiana de hoy ganaría mucho si imitara los impulsos innovadores que surgieron en sus orígenes (Cap. II).

*“La Salle es también un pedagogo y santo. Ambos corren parejos en su vida y obra. Es por naturaleza un orientador nato; un organizador que sabe llevar a buen fin las ideas claras de su mente despejada. Por donde pasa va dejando orden y echa fuera la rutina. Es todo un genio creador que se adelanta a su tiempo. Lo suyo era orientar: ser faro; ser alma de la escuela y que el maestro, al que dedica todos sus esfuerzos, lo sea también” (Cardenal Ángel Suquía).*

La Salle inicia un camino en la Iglesia, es cierto; pero este comienzo está influido, – aunque no sólo –, por las “fuentes” en las que bebe. La Salle es, en parte, un espíritu ecléctico: es difícil clasificarle fácilmente en un determinado grupo o “escuela”.

Recibe mucho de la llamada “Escuela francesa de espiritualidad”(equivalente a la del Siglo de Oro Español), representada por Bérulle, Olier, Condren, Vicente de Paúl, Juan Eudes, ... Su estancia de 18 meses en el seminario de San Sulpicio le permite asimilar los contenidos de esta escuela de extraordinaria riqueza bíblica, sobre todo paulina.

Pero en su vida y su obra están presentes otras influencias: Los Santos Padres, especialmente San Agustín, de gran resonancia en el Gran Siglo Francés (XVII); Teresa de Jesús y Juan de la Cruz, Lorenzo de la Resurrección y varios escritores jesuitas.

En los escritos de La Salle hay aspectos e insistencias que hoy nos llaman la atención, e incluso nos sorprenden; pero son el eco de corrientes de espiritualidad muy normales en su tiempo. Por ejemplo, su insistencia en la mortificación, la “abyección” y la negación de sí mismo ante Dios; el concepto pesimista de la naturaleza humana... La radicalización de estas ideas dará lugar al jansenismo.

Su insistencia en pedir a los Hermanos que sean fieles a la Iglesia, al Papa, y a los obispos que están en comunión con el Papa, es una reacción lógica contra el “galicanismo”, que se está desarrollando en esos momentos en Francia.

La cultura proporciona los símbolos desde los que se construye el lenguaje. La Salle expresa su experiencia y sus sentimientos desde su cultura. Lo que intenta decirnos está mediatizado, para bien o para mal, por su universo cultural: antropológico, eclesiológico, religioso, político...

Sería absurdo pretender que sus gustos e inclinaciones culturales coincidieran con los nuestros. Pero sería más absurdo aún renunciar al conocimiento de lo que él nos aporta, por la dificultad que nos pueda suponer leer sus escritos.

Tenemos la suerte de conocer a una persona que nos habla desde su profunda vivencia bíblica (sobre todo del N.T.), y que posee una rica formación teológica...; pero siempre que no le exijamos los conocimientos de exégesis actuales, y aceptemos que su teología es la propia de su tiempo: de corte escolástico y marcada por Trento (Cap. I).

En definitiva, al acercarnos a los escritos de La Salle, no hemos de confundir el mensaje que nos transmite, con el ropaje cultural que le sirve de “vehículo”. No hay que lamentarlo, sino reconocerlo, e intentar profundizar hasta identificar aquél. Sus enseñanzas tienen que ver más con su experiencia espiritual y su carisma: éstas, normalmente, van “dentro del vehículo” (Cap. III).

Esta dimensión es la que fluye por sus escritos; de ahí la importancia de descubrir y poner de manifiesto lo que conlleva cada enseñanza o mensaje de La Salle. Su itinerario es una interpelación profunda a nuestro propio itinerario.

Lo más significativo de la lección que él nos da, desde su vivencia personal, es que descubre y siente su vida como historia de salvación. En sus circunstancias concretas, en la interrelación con las personas con que se encuentra, en los compromisos inmediatos que se le proponen, descubre la voz de Dios y se pregunta cómo darle la mejor respuesta para ser un buen “instrumento” en su Obra. Su fidelidad no es a la letra, sino al espíritu que brota del Evangelio; no a una historia pasada de salvación que se ha de repetir, sino a la historia de salvación que vive en el proyecto que está llevando a cabo. Eso es lo que vale para cada uno de nosotros (Cap. III).

Sin embargo, el mayor servicio que La Salle presta a su comunidad, y hoy nos presta, es que les ayudó y hoy nos sigue ayudando a tomar conciencia de la misión que realizamos – misión de salvación, representando a Cristo -, y de cómo esa misión es el fundamento de la comunidad y de la propia salvación personal. Nos ayuda, pues, a buscar la perfección, no por ella misma, sino porque la necesitamos para cumplir el cometido de “salvadores”, y para que el Misterio de Cristo se manifieste.

*“Para él la escuela cristiana necesita la dedicación de toda la persona. El bien se hace por proximidad dialogante. Que es necesario que la escuela sea atrayente, formadora de inteligencia y educadora por en y para la vida. Que el educador tiene que ir por delante en el camino que anima a recorrer, pero él primero con el testimonio”*  
(Cardenal Ángel Suquía).

Desde su propio itinerario, Juan Bautista nos recuerda que el centro no hemos de ser nosotros, ni siquiera para santificarnos o para salvarnos, sino la obra que Dios realiza por nosotros (Cap. III).

Este es el gran signo que ofrecen los Hermanos a los que hoy comparten su misión (aunque el signo no es para ser copiado, sino para hacernos pensar, y para que veamos lo que podemos hacer desde nuestra propia identidad).

Su consagración a “la gloria de Dios” para la misión es inseparable de la comunidad. En realidad, la Comunidad es el signo que permite que los otros elementos de su consagración y de su misión puedan convertirse en signos. La Comunidad es el lugar donde se unen consagración y misión, donde se escucha y se busca la respuesta, junto a Dios y a los niños y jóvenes. 127

“Asociado” a sus Hermanos es como procura la gloria de Dios, y así lo proclama el Hermano en su fórmula de votos.

Tras las consideraciones precedentes, esta Tesina de Licenciatura titulada: *La Originalidad Educativa Lasaliana en los siglos XVII y XVIII* quiere ser, en nuestro caminar diario, un elemento de ayuda para comprender y entender mejor lo que hemos sido, lo que somos en la actualidad y lo debemos ser en un futuro, teniendo en cuenta, lo que Salle llevó a cabo en un momento concreto de nuestra historia de educadores cristianos.

Pero hemos de experimentarlo también (como lo hizo La Salle), y adaptar lo que sea conveniente para que el signo pueda percibirse con transparencia; en ello influirán la cordialidad mutua que nos manifestemos, la visibilidad del espacio comunitario, el modo de inserción en el contexto, la capacidad de acogida y las relaciones humanas con los demás miembros de la comunidad educativa; la organización y estructuras que deberán adaptarse a las necesidades de las personas, la apariencia de los locales y el mobiliario. Mediante los aspectos citados, transmitiremos una sensibilidad característica, un modo de vivir y leer la comunidad específico de los “Hermanos”.

Concluimos esta síntesis de la Tesina de Licenciatura “La Originalidad Educativa Lasaliana en los siglos XVII y XVIII” con las palabras del Cardenal Ángel Suquía acerca de lo que debe ser nuestra tarea tras analizar la obra y escritos de San Juan Bautista de la Salle:

*“La Salle no es punto de llegada sino de partida. La Salle nos seguirá siendo válido en la medida en que creamos que la escuela sigue siendo válida y como lugar privilegiado de formación integral de la persona; hunda sus raíces en el Evangelio; tome como centro y modelo a Jesucristo y se oriente en las directrices de la Iglesia”.*

*La Salle nos interesa hoy si busca la línea fundamental de acción educativa cara a los valores de la justicia, respeto a persona, desarrollo del sentido crítico de la vida, comprometiéndose con la ciudad terrena para hacerla más humana y cristiana”.*

*Considera que la educación no está terminada al salir el muchacho de las aulas sino que debe seguir orientando a los jóvenes en un momento crítico en que tanto necesitan del Hermano, Maestro, Compañero y Amigo” (Cardenal Ángel Suquía).*